

## LA HUMILLACION DEL HIJO ETERNO

*El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció y experimentó la obediencia. (Hebreos 5, 7-8)*

El principal misterio de nuestra fe es la humillación del Hijo de Dios a la tentación y el sufrimiento, tal como se la describe en este pasaje de la Escritura. En verdad, es un misterio más sobrecogedor que el que encierra la doctrina de la Trinidad. Digo más sobrecogedor y no más grande, porque no podemos medir lo más y lo menos en materias totalmente incomprendibles y divinas, pero si cuánto más pueden dominar y dejar perplejas nuestras mentes. Cuando se pone ante nosotros el misterio de la Trinidad, vemos ciertamente que está más allá de nuestra razón, pero, al mismo tiempo, que no es sorprendente que el lenguaje humano sea incapaz de expresar verdades y el intelecto humano de recibirlas, cuando se refieren a la esencia incomunicable e infinita de Dios Todopoderoso. En cambio, el misterio de la Encarnación remite, en parte, a cuestiones que están más a la altura de nuestra razón, tratando no solamente del modo como Dios y el hombre son el único Cristo, sino en el mismo hecho de que es así. Pensamos saber acerca de Dios que está del todo separado de la imperfección y la debilidad, pero se nos dice que el Hijo Eterno ha asumido una naturaleza creatural, que en lo sucesivo llegó a estar tan unida a El, a pertenecerle tanto, como los atributos y poderes divinos que siempre había tenido. El misterio reside tanto en lo que pensamos saber como en lo que no sabemos.

Reflexionad, por ejemplo, acerca del lenguaje del texto. ¡El Hijo de Dios, que “tenía la gloria con el Padre” desde toda la eternidad, es hallado, en cierto momento, en su vida humana, ofreciendo ruegos y súplicas a El, clamando, llorando, y obedeciendo sufrir! No supongáis, por mi modo de hablar, que quiero presentaros la doctrina como un duro refrán, como una piedra de tropiezo o un yugo de esclavitud, al cual debéis someteros forzosamente, aunque de mala gana. ¡Lejos de nosotros semejante actitud desagradecida para con un designio que nos ha traído la salvación! Aquellos que ven en la cruz de Cristo la expiación del pecado, no pueden menos que ver la gloria en ella, y su misterio les hace verla aún más. Se enorgullecen de ella ante los hombres y los ángeles, ante el mundo incrédulo, y ante los espíritus caídos, y sin mostrar confusión en sus rostros, con reverente audacia, confiesan este milagro de la gracia, y lo guardan en su credo, aunque les valga el desprecio y la mofa de los soberbios y los impíos.

Así como la doctrina de la humillación de Nuestro Señor es más misteriosa, así también es misteriosa la misma superficie de la narración en la que está contenida, como un prodigio que excita e impresiona nuestra ignorancia real acerca de la naturaleza, modo y causas de tal doctrina. Tomemos, por ejemplo, Su tentación. ¿Porqué fue sufrida, si nuestra redención no se debe a ella sino a Su muerte? ¿Porqué fue tan larga? ¿Qué ocurrió durante la misma? ¿Cuál fue el objetivo particular de Satanás al tentarle? ¿Cómo es que Satanás tuvo semejante poder como sobre El como para trasladarle de un lugar a otro? Y ¿cuál fue el resultado preciso de la tentación? Estas y otras preguntas no tienen una

solución satisfactoria. Hay algo destacable también en la duración de la tentación, siendo la misma que la de los ayunos de Moisés y Elías, y que la de su misma permanencia sobre la tierra después de Su resurrección. Un misterio parecido se proyecta en ese último tiempo de Su misión terrena. Después estuvo ocupado, no sabemos en qué, excepto cuando se apareció, de tanto en tanto, a Sus Apóstoles. De los cuarenta días de Sus tentaciones sabemos aún menos, solamente que “no comió nada” y que “estaba entre los animales del desierto” (Lc 4,2; Mc 1,13).

Hay algo de misterio, además, en la conexión de Sus tentaciones con el descenso del Espíritu Santo sobre El en Su bautismo. Después que la voz venida del cielo proclamó “este es Mi Hijo muy amado en quien me complazo”, “*inmediatamente*”, dice San Marcos, “el Espíritu le *empujó* al desierto” (Mc 1,11-12). Como si hubiera alguna conexión, más allá de nuestra comprensión, entre Su bautismo y la tentación, el primer acto del Espíritu Santo es sin dilación “empujarle” (cualesquiera sea el significado de la palabra) al desierto. Obsérvese también que fue casi desde el solemne reconocimiento “este es Mi Hijo muy amado” que el demonio empieza la tentación “*si* tú eres el Hijo de Dios, haz que estas piedras se conviertan en pan” (Mt 4,3), aunque no podemos siquiera conjeturar cuáles fuesen sus pensamientos y planes. Todo lo que vemos es una renovación, aparentemente, de la tentación de Adán, en la persona del “segundo Hombre”.

De igual modo, podrían hacerse preguntas concernientes a Su descenso al infierno, que poco podríamos resolver con nuestro limitado conocimiento actual acerca de la naturaleza y significado de Su economía de gracia.

Traigo a colación estas distintas cuestiones en orden a subrayar nuestra profunda ignorancia acerca de todo el tema que estamos considerando. La dispensación de misericordia se nos revela en su grande y bendito resultado, nuestra redención, y en uno o dos puntos más de suma importancia. Sobre todo esto debemos meditar y explayarnos atenta y agradecidamente, pero con el constante recuerdo de que, finalmente, en cuanto a la dispensación en sí misma, de la gran obra divina sólo uno o dos avisos nos han sido revelados. Debemos extendernos en su consideración aunque sean pocos y parciales, sin despreciar lo que hemos recibido porque no sea todo (como el siervo que enterró el talento de su señor), sino haciéndolos crecer como podamos. Y como en la actualidad hay más peligro de ser el espíritu estrecho del siervo perezoso, en quien se combinan extrañamente la pretensión de saberlo todo con la afirmación de que no hay nada que saber acerca de la Encarnación, propongo ahora, con la bendición de Dios, establecer ante vosotros la doctrina de la Escritura acerca de la misma, tal como la ha recibido siempre la Iglesia Católica, comerciando con el talento que nos ha sido encomendado, de modo que cuando venga Nuestro Señor pueda recibir lo Suyo con creces.

Manteniendo en mente que no sabemos nada verdadero sobre la manera o los últimos fines de la humillación del Hijo Eterno, Nuestro Señor y Salvador, consideremos qué fue esa humillación en sí.

El texto dice, “aunque era Hijo”. En estas palabras, “el Hijo de Dios”, se encierra mucho más que lo que pueda parecer a primera vista. Muchos hombres recogen, aquí y allá, algunos fragmentos de conocimiento religioso. Alguien escucha una cosa dicha en la iglesia, ve otra cosa en el Prayer-book <sup>1</sup>, y obtiene otras cosas más entre la gente religiosa

---

<sup>1</sup> Libro de Oraciones, que es el compendio de la fe anglicana al mismo tiempo que la liturgia que la celebra, oficialmente promulgado por la Iglesia de Inglaterra.

o en el mundo. De este modo toma posesión de palabras y afirmaciones sagradas, pero sabiendo realmente muy poco sobre ellas. Las interpreta, como suele suceder, de acuerdo a las opiniones variadas e inconsistentes que encuentra, o les da su propia interpretación, esto es, un sentido propio de una mente sin instrucción, para no decir carnal e irreverente. ¿Cómo se puede esperar que discerna y aprehenda el significado y lenguaje real de la Escritura, si jamás se ha acercado a ella como aprendiz ni ha esperado de su divino Autor el don de la sabiduría? Llegará a comprender lo que son las doctrinas del Evangelio por la continua meditación del texto sagrado y aprovechando diligentemente la instrucción de la Iglesia. Pero si, como es lo más seguro, todo el conocimiento que tiene lo ha recogido de una frase captada por aquí, y un argumento escuchado por allá, aún cuando sea muy ortodoxo de palabra, solo tiene una colección de frases a las cuales da, no el recto significado, sino el suyo de él.

Y la mínima reflexión os mostrará cuán verdaderamente pobre e indigno es, o mejor aún, cuán falso es el significado que le da “el hombre natural” a “las cosas del Espíritu de Dios”. He sido llevado a decir a esto desde que ha hecho uso de las palabras “el Hijo de Dios”, las cuales, mucho me temo, transmiten a un gran número de mentes poca o ninguna idea, poco o nada de la altísima, religiosa y solemne idea. Tenemos, quizás, una noción vaga y general de que significan algo extraordinario y sobrenatural, pero sabemos que nosotros mismos somos llamados en la Escritura, en cierto sentido, hijos de Dios. Más aún, hemos escuchado quizás, y aunque no lo recordemos por lo menos retenemos alguna impresión, que los ángeles son hijos de Dios. En consecuencia, reunimos de este modo mucho de lo que el título aplica a Nuestro Señor, que vino de Dios, que era el bienamado de Dios, y que es mucho más que un mero hombre. Esto es, a lo sumo, todo lo que estas palabras expresan para muchos hombres, mientras que muchos más las refieren meramente a Su naturaleza humana.

¡Qué diferente es el estado de aquellos que han sido iniciados a su debido tiempo en los misterios del Reino de los cielos! ¡Qué diferente era la mente de los antiguos cristianos, que comprendieron con ansia y vigorosamente el anuncio de gracia, y que en el título “Hijo de Dios” vieron y gozaron la gloria plena de la doctrina evangélica! Cuando los tiempos se hicieron más fríos e incrédulos, como hoy, se hicieron necesarias explicaciones públicas de aquellas palabras simples y sagradas, pero los primeros cristianos no necesitaron ninguna. Sentían que al decir que Cristo era el Hijo de Dios estaban siendo testigos de mil verdades maravillosas y saludables, que no podían ciertamente comprender, pero por las cuales podían obtener la vida, y por las cuales podían desafiar a la muerte.

¿Qué se entiende, entonces, por “Hijo de Dios”? Significa que Nuestro Señor es el mismo y verdadero Hijo de Dios, esto es, Su Hijo por naturaleza. Nosotros sólo somos *llamados* hijos de Dios, somos adoptados para ser hijos, pero Nuestro Señor y Salvador es el Hijo de Dios, realmente y por nacimiento, y solamente El es tal. Por eso la Escritura lo llama el Hijo Primogénito. “Semejante conocimiento es demasiado excelente para” nosotros, pero por más elevado que sea aprendemos de Su propia boca que Dios no está solo, si se nos permite hablar así, sino que en Su propia incompreensible esencia, en la perfección de Su única, indivisible y eterna naturaleza, Su bienamado Hijo ha existido siempre con El, y es llamado Verbo, y siendo Su Hijo participa en toda su plenitud de Su divinidad. “En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios” (Jn 1,1). De aquí que cuando los primeros cristianos usaban el título “Hijo de Dios”, querían decir, a la manera de los Apóstoles cuando lo usaban en la Escritura, todo lo que queremos decir en el Credo cuando, a modo de explicación para nosotros mismos,

confesamos que El es “Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero”. Puesto que en aquello que El es Hijo de Dios, debe ser lo que Dios es, santísimo, sapientísimo, todopoderoso, el bien supremo, eterno e infinito, por cuanto existe un solo Dios. Al mismo tiempo, no debe estar separado de Dios sino siempre uno con El y en El, indivisiblemente uno. De modo que sería tan vano lenguaje hablar de El separándolo en esencia de Su Padre, como decir que nuestra razón, o inteligencia, o voluntad, están separadas de nuestras mentes. Tan temerario y profano lenguaje sería negarle al Padre Su Verbo Unigénito, en quien desde siempre se complace, como negar Su Sabiduría, Divinidad o Poder, que también han estado desde toda eternidad en y con El.

El texto prosigue diciendo: “aun siendo Hijo, con lo que padeció y experimentó la obediencia”. La obediencia corresponde al siervo, pero la conformidad, el acuerdo, la cooperación, son características del Hijo. En Su eterna unión con Dios no había distinción de voluntad y acción entre El y Su Padre. Así como la vida del Padre era la vida del Hijo, y la gloria del Padre era también la del Hijo, así también el Hijo era el mismo Verbo y Sabiduría del Padre, su mismo Su Poder e igual Hacedor en todas las cosas, igual al Padre pero no el mismo en cuanto a Su persona. Pero en su vida mortal, cuando se humilló a Sí mismo tomando “la forma de siervo”, asumiendo una voluntad y un obrar separado, y la fatiga y los sufrimientos propios de una creatura, entonces, lo que había sido solo conformidad se hizo obediencia. Esta es la fuerza de las palabras “aun siendo Hijo, con lo que padeció y experimentó la *obediencia*”. Tomó sobre Sí una naturaleza inferior y obró con ella para una Voluntad más alta y perfecta. Además, “aprendió la obediencia *sufriendo*”, y por ello mismo, en la tentación. Su misteriosa agonía es descrita en la última parte del texto, donde dice que “habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente”. O, según las palabras del capítulo anterior, donde dice que “fue probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado” (4,15).

Me interesa aquí solamente establecer ante vosotros la verdad sagrada misma, no cómo fue o porqué o con qué resultado. Consideremos, pues, con reverencia lo que ella implica. “El Verbo se hizo carne” no significa que El eligiera algún hombre existente y habitara en él, lo cual en ningún sentido respondería a la fuerza de aquellas palabras y que además es lo que El condesciende a realizar continuamente con todos Sus elegidos a través de Su Espíritu, sino que El llegó a ser lo que no era antes, que tomó en Su propia infinita esencia la naturaleza humana misma en toda su integridad, creando un alma y un cuerpo, haciéndolos Suyos en el momento de la creación, de modo que nunca fueron sino Suyos, nunca existieron por sí mismos sino en El, siendo propiedades o atributos Suyos (para usar palabras defectuosas) tan realmente como lo son Su divinidad o Su eterna filiación, o Su perfecta igualdad con el Padre. Y mientras de este modo añadía una nueva naturaleza, bajo ningún concepto dejaba de ser lo que era antes. ¿Cómo fue esto posible? Todo el tiempo que estuvo en la tierra, cuando fue concebido, cuando nació, cuando fue tentado, cuando estuvo sobre la cruz, o en el sepulcro, y ahora que está a la derecha de Dios Padre, todo el tiempo fue el Verbo Eterno e Inmutable, el Hijo de Dios. La carne que asumió fue el instrumento a través del cual obró por y para con nosotros. Así como actúa en la creación por Su sabiduría y poder, para con los ángeles por Su amor, para con los demonios por Su ira, así actuó por nuestra redención a través de nuestra propia naturaleza, que en Su gran misericordia unió a Su propia Persona, indisolublemente, simplemente, absolutamente, como si fuese un atributo. Por eso San Pablo habla, como lo hace en otros pasajes del amor de Dios y de la santidad de Dios, de “la sangre de Dios”, si es que puedo arriesgar tales palabras fuera del sagrado contexto. “Pastoread la Iglesia de Dios”, dice a los ancianos de Éfeso, “que El se adquirió con Su *propia sangre*” (Hechos 20,28). Por

consiguiente, todo lo que dijo e hizo Nuestro Señor sobre la tierra fue estricta y literalmente la palabra y la obra de Dios mismo. Así como hablamos y vemos a nuestros amigos, aunque no vemos sus almas sino solamente sus cuerpos, así también los Apóstoles, discípulos, sacerdotes, fariseos, y la multitud que veía a Cristo en persona, veían, como le verá toda la tierra el último día, al mismo y eterno Hijo de Dios.

De esta manera, debe entenderse Su sufrimiento, tentación y obediencia, no como si hubiese dejado de ser lo que siempre había sido, sino que habiéndose revestido de una naturaleza creada, la hizo instrumento de Su humillación: obró en ella, obedeció y sufrió a través de ella. ¿No vemos acaso entre los hombres, circunstancias de tipo peculiar que lanzan fuera de sí a alguno de nuestra raza, de modo que el mismo hombre actúa como si su ser habitual no existiera, y tiene sentimientos y facultades nuevas para esa ocasión más o menos elevadas que antes? No es nuestra intención querer establecer un paralelo entre la encarnación del Verbo Eterno y semejante cambio accidental, pero lo menciono, no para explicar un misterio (pensamiento que he abandonado desde el comienzo), sino para facilitar vuestra *concepción* de Aquel que es el sujeto del mismo, para ayudaros a contemplarle como Dios y hombre al mismo tiempo, todavía Hijo de Dios aunque haya asumido una naturaleza escasa de Su perfección original. Ese Poder Eterno que, hasta entonces, había pensado y actuado como Dios, comenzó a pensar y actuar como hombre, con todas las facultades, afectos e imperfecciones de un hombre, excepto el pecado. Antes de venir al mundo estaba infinitamente por encima de la alegría y de la pena, del temor y la ira, del dolor y la tristeza, pero después todas estas propiedades y muchas más fueron Suyas, tan plenamente como lo son nuestras. Antes de venir al mundo no tenía sino las perfecciones de Dios, pero después tuvo también las virtudes de una creatura, tales como la fe, la mansedumbre y la abnegación. Antes de venir al mundo no pudo ser tentado por el mal, pero después tuvo un corazón humano, lágrimas humanas, deseos y enfermedades humanas. Su divina naturaleza ciertamente impregnaba Su humanidad, de modo que cada hecho o palabra Suya en su vida mortal tenía sabor de eternidad e infinitud. Pero, por otro lado, desde el momento en que nació de la Virgen María tuvo un temor natural al peligro, una repugnancia natural al dolor, aún cuando estuvo siempre sujeto a la influencia predominante de la naturaleza santa y eterna que estaba en El. Por ejemplo, leemos que en una ocasión pidió en Su oración que el cáliz pudiese pasar, y en otra, cuando Pedro mostró sorpresa ante la perspectiva de Su crucifixión, le reprendió bruscamente como si estuviera tentándolo a murmurar y desobedecer.

Por consiguiente, poseía a la vez dos grupos de atributos, divinos y humanos. Era todopoderoso, pero en la forma de siervo; era omnisciente, pero parecía ignorante; era incapaz de tentaciones, pero expuesto a ellas. Si alguien tropezara en esto, no como mero misterio, sino como una contradicción en los términos de la misma forma del lenguaje, le haría reflexionar sobre aquellas peculiaridades de la naturaleza humana misma, a las que acabo de aludir ahora. Que considere la condición de su propia mente y vea cómo parece una contradicción. Que reflexione sobre la facultad de la memoria y trate de determinar si sabe o no una cosa que no puede recordar, o mejor, si no puede decirse de él que una misma persona en un sentido conoce esa cosa y en otro sentido no. Esto puede servir para apaciguar su imaginación si se asusta ante el misterio. O que considere el estado de un niño, que parece, por cierto, no tener alma por algunos meses, que parece tener solo los sentidos y las funciones de una vida animal, aunque sabemos que tiene alma, que ha de ser aún regenerada. ¿Qué puede haber más misterioso que el bautismo de un niño? ¡Qué extraño es, pero qué visión que extasía, que fuente de meditación se abre ante nosotros, mientras miramos lo que parece tan desvalido, tan irracional, y sabemos que en ese momento tiene un alma tan plenamente formada, por un lado, capaz ciertamente de ser un

hijo de ira, y por otro, Dios sea bendito, capaz de nuevo nacimiento por el Espíritu! ¿Quién puede decir que no tiene las energías de la razón y de la voluntad en alguna esfera desconocida, del todo compatibles con la realidad de su insensibilidad al mundo exterior? ¿Quién puede decir que todos nosotros, o al menos los que viven en la fe de Cristo, no tienen alguna vida extraña pero inconsciente en la presencia de Dios mientras estamos aquí, viendo lo que no sabemos que vemos, impresionados aunque sin poder de reflexión, y esto, sin tener como consecuencia un doble yo, y con un incremento en nosotros, no disminución, de la realidad práctica de nuestra permanencia y probación terrenal? ¿Y antes, no hubo hombres que, como Eliseo cuando su espíritu siguió a Guejazí (2 Reyes 5,26), o como San Pedro cuando anunció la llegada de los servidores de Safira (Hechos 5,9), o como San Pablo cuando fue a Corinto en espíritu (1 Cor, 4,19; 5,3), parecían colocarse más allá de sí mismos aún estando en la vida mortal? ¿Quién sabe dónde está “en los sueños de la noche”? Y siendo así, ¿cómo podemos decir que haya alguna contradicción porque mientras el Verbo de Dios estaba en el mundo, en nuestra carne, dotado por dentro y fuera con virtudes y sentimientos humanos, fe y paciencia, temor y alegría, dolor, presentimientos, enfermedades, tentaciones, aún así estaba, de acuerdo a Su naturaleza divina y desde el principio, abarcando con el pensamiento de un extremo al otro del cielo, leyendo los corazones, previendo los acontecimientos, y recibiendo toda adoración como en el seno del Padre? Esto es lo que, ciertamente, nos sugiere El mismo en aquellas sorprendentes palabras dirigidas a Nicodemo, que pueden tomarse para dar a entender que aún Su naturaleza humana estaba a esa misma hora en el cielo mientras le hablaba: “Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, *que está en el cielo*” (Juan 3,13).

Finalmente, si alguien estuviera tentado de considerar abstractas, especulativas e inútiles tales cuestiones como las anteriores, señalaría como respuesta que las he considerado sobre la base de ser, según creo, especialmente prácticas. Que no se piense como algo extraño decir, aunque lo digo, que hay mucho en la fe religiosa, aún de la porción más seria de la comunidad actualmente, que pone muy inquietos a hombres observantes donde ella termina. Sospecho que no sería muy difícil volver perpleja la fe de un gran número de personas que creen ser ortodoxas, y ciertamente lo son de acuerdo a sus luces. Han estado acostumbradas a llamar Dios a Cristo, pero eso es todo. No consideran lo que significa aplicar ese título a Alguien que era realmente un hombre, y por la manera vaga en que lo usan están en no pequeño peligro, si son atacados por algún discutiendo sutil, de que se les robe la sagrada verdad en su sustancia, aún si la conservan de nombre. Verdaderamente, hasta que no contemplemos a nuestro Señor y Salvador, Dios y hombre, como un ser realmente existente, externo a nuestras mentes, tan completo y entero en Su personalidad como mostramos ser nosotros mismos unos a otros, tan uno y el mismo en todos Sus variados y contrarios atributos, “el mismo ayer, hoy y siempre”, estaremos usando palabras que no aprovechan. Será así hasta que no hagamos real ese Objeto de fe, que no es un mero nombre al que se le asignan títulos y propiedades sin congruencia y significado, sino que tiene una existencia personal y una identidad distinta de cualquier otra cosa. ¿En qué sentido real le ‘conocemos’, si nuestra idea de El no recoge e incorpora los múltiples atributos y oficios que le adjudicamos? ¿Qué ganamos con palabras, aún correctas y abundantes, si terminan en ellas mismas, en vez de iluminar la imagen del Hijo Encarnado en nuestros corazones? Con todo, se puede hacer este cargo, seguramente, contra la teología de las últimas centurias, que bajo la pretensión de salvarnos de la presunción, nos ha negado lo que está revelado. Como Ajáz, rehusando pedir un signo, de miedo de tentar al Señor.

Influenciados por ello, hemos casi olvidado la verdad sagrada, gratuitamente revelada para nuestra ayuda: que Cristo es el Hijo de Dios en Su Divina naturaleza, tanto como en la humana. Hemos casi dejado de referirnos a El, según el modelo del Credo Niceno, como “Dios de Dios, y Luz de Luz”, uno con El y, sin embargo, distinto de El. Hablamos vagamente de El como Dios, lo cual es verdad, pero no toda la verdad, y en consecuencia, cuando procedemos a considerar Su humillación, somos incapaces de trasladar la noción de Su personalidad desde el cielo a la tierra. Aquel de quien se habla como Dios ahora, sin mencionar al Padre de quien procede, es luego descrito como una criatura, ¿pero cómo hacer para sostener juntas en nuestras mentes estas distintas nociones acerca de El? Somos capaces, por cierto, de continuar la idea de Hijo en aquella de siervo, aunque el descenso sea infinito, e incomprensible a nuestra razón, pero cuando hablamos meramente primero de Dios, y después del hombre, parece que cambiáramos la naturaleza sin preservar la Persona. En verdad, Su filiación divina es esa parte de la doctrina sagrada sobre la cual la mente está destinada providencialmente a descansar de principio a fin, y, para sí misma, preservar Su identidad entera. Pero cuando abandonamos esta ayuda bondadosa dada a nuestra fe, ¿cómo podemos esperar obtener la única verdad y simple visión acerca de El? ¿Cómo nos será posible mirar más allá de nuestras palabras, o aprehender de algún modo lo que decimos? En consecuencia, somos llevados a menudo, por necesidad, a discurrir sobre Sus palabras y obras, a distinguir entre el Cristo que vivió sobre la tierra y el Hijo del Dios Altísimo, hablando de Su naturaleza humana y Su naturaleza divina tan separadamente como para no sentir o entender que Dios es hombre y el hombre es Dios. Hablo de aquellos de nosotros que han aprendido a reflexionar, razonar y disputar, a investigar y seguir la pista de sus pensamientos, no de los indiferentes o analfabetos, que no están expuestos a la tentación de preguntar. Y de los primeros temo tener que decir (usando el lenguaje de la teología antigua), que comienzan por ser sabelianos, continúan siendo nestorianos, y tienden a ser ebionitas y a negar la divinidad de Cristo completamente. Mientras tanto, el mundo religioso piensa poco adónde le conducen sus opiniones, y no descubre que esta adorando un mero nombre abstracto o una vaga creación de la mente en vez del Hijo siempre vivo, hasta que la defección de sus miembros le conmueve, y le enseña que la así llamada religión del corazón, sin ortodoxia ni doctrina, no es sino el calor de un cadáver, real por un tiempo, pero cierto a desaparecer.

¿Cuánto tiempo durará ese error complicado bajo el cual está ahora nuestra Iglesia? ¿Cuánto tiempo las tradiciones humanas de fecha moderna tendrán que oscurecer, de tantas maneras, las majestuosas interpretaciones de la Sagrada Escritura que la Iglesia Católica ha heredado desde la época de los Apóstoles? ¿Cuándo estaremos satisfechos de gozar la sabiduría y la pureza que Cristo ha legado a Su Iglesia como un don perpetuo, en lugar de intentar cada uno por sí mismo, como mejor pueda, extraer nuestro Credo de los profundos manantiales de la verdad? ¡En vano habremos escapado, por cierto, de las supersticiones de la edad media, si las corrupciones de una filosofía temeraria y confiada en sí misma se extienden sobre nuestra fe!

¡Quiera Dios Padre otorgarnos un corazón y un entendimiento para captar realmente, y confesar, esa doctrina en la que fuimos bautizados: que su Hijo Unigénito, Nuestro Señor, fue concebido por el Espíritu Santo, nació de María Virgen, sufrió y fue sepultado, resucitó de entre los muertos, y ascendió a los cielos, desde donde vendrá nuevamente al fin del mundo a juzgar a vivos y muertos!